

ran que el meridiano espiritual de América pasa por Madrid, se sienten heridos en su patriotismo vehemente las generaciones prestas para dominar la vida que habitan «la gran capital del sur» como decía la canción. Empero, en diversos órdenes, la información cuidadosa, acendrada, la tradición cultural, el amor a los clásicos de la lengua, España nos hace ventaja.

En una ocasión oí decir al filósofo Bergson de regreso de Madrid que el gran pueblo convecino ceba virtudes necesarias a una Europa extraviada en querellas menores y en la frenética persecución de lo útil. Sobre un sólido basamento moral—ascetismo, hidalguía natural, hospitalidad, desdén a lo estrechamente práctico—se levanta ahora la elegante fábrica intelectual. Un espíritu fielmente vigilante de información y respeto de las letras del mundo moderno domina en ella, como escribe *La Gaceta Literaria*.

El *scholar*, el ordenador, no está todavía en el Nuevo Mundo ibérico sino en España. El gaucho de la República de las letras, escribió Menéndez y Pelayo de Sarmiento, extraño a normas, abundante, irreverente. El que había traducido con amor a Horacio y leía a Platón en griego, desconfiaba de la facilidad genial y tumultuosa. Mientras no renovemos nuestras escuelas, mientras desdeñemos las lenguas clásicas y nos extraviemos en la improvisación, hemos de acercarnos a España docente en actitud discipular.—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Individualismo pero no incapacidad

(LOS JUEGOS EN LOS COLEGIOS NORTEAMERICANOS)

USAN los colegiales norteamericanos de las escuelas del Sur un juego que probablemente es común a todas las escuelas inglesas porque es como un símbolo de las cualidades de acción disciplinada que han hecho grande aquella raza. Ese juego se llama: «Follow the leader», sigue al jefe, y consiste en señalar por elección un muchacho que hace de jefe y va por delante guiando la marcha; una marcha de infantiles obstáculos a través de los campos, una simulación de guerra contra apaches o alguna proeza de agilidad, de aventura. Desde que se ha aceptado al jefe todos lo siguen, atentos a su menor indicación, solícitos en la obediencia.

cia, confiados en la dirección del que ellos mismos pusieron a la cabeza. Si como puede suceder, el jefe falla, en los siguientes juegos se le despojará de la jefatura y se nombrará otro en su lugar, pero mientras el juego está en desarrollo, nadie critica, todos se someten y siguen al jefe hasta en sus yerros menores y todos ayudan a realizar el propósito común: ninguno se adelanta para demostrar que es mejor que el jefe; todos esperan a que el jefe dé de sí todo lo que pueda y sólo después de algún fracaso o después de que se ha mostrado notoria la incapacidad del elegido se procede a buscar un nuevo leader de la tropa infantil.

Se advierte ya desde el juego escolar el poder de acción colectiva, que es patrimonio en todas las épocas de las razas que van adelante en la tarea del progreso. Se comprueba en esta elemental y voluntaria disciplina que la sumisión del grupo al jefe no está reñida con la libertad, puesto que la jefatura se da por consentimiento de cada miembro del grupo, ni está reñida con el aprovechamiento de las facultades excepcionales, de las facultades geniales puesto que periódicamente hay una especie de referendun, en el cual se aquilatan los valores de cada uno, inclusive el jefe temporal designado.

Si se compara esta diversión anglosajona con el juego habitual de ciertos colegiales de nuestros países, la simulación de la corrida de toros, por ejemplo, se advertirá, sin entrar en análisis hondos, que, así como el juego norteamericano estimula las cualidades de cooperación y de disciplina necesarias para el logro del fin colectivo, el juego nuestro—y particularmente en México— desarrolla no la emulación que contribuye al éxito sino el deseo de sobresalir a toda costa; el deseo de saltar de peón de brega a matador y en seguida el deseo de sobreponerse a todos los demás matadores con el correspondiente acompañamiento de pequeñas envidias, de pequeños rencores y con un resultado de egolatría estéril que el público se encarga de consagrar con sus aplausos y sus rechiflas. Desde allí comienza entonces a formarse ese obscuro complejo de un *contra todos*, que está implícito en el alma de muchos de nosotros y en el alma de cada uno de los ciudadanos en las épocas de decadencia en que en realidad ya no existe ni la misma ciudadanía. El reto estéril del yo contra todos, reto que debilita, que condena, en vez del yo con todos que crea las civilizaciones.

Por supuesto que a fin de que el yo con todos nos regenere, es preciso que como en el juego de los norteamericanos la autoridad se refrende y se ponga a prueba. Pero hoy sólo voy a ha-

blar de la disciplina que es indispensable para lograr un albedrío que no lleve a la destrucción, sino a la creación. Presuponiendo que el jefe lo constituimos liberalmente y con facultad de rectificación, es necesario saber cuál es la forma eficaz y varonil de la obediencia. No es decoroso ni conduce jamás a buen resultado, aceptar un jefe que nació del azar. La única manera digna de aceptar jefe es admitir sinceramente en nuestro fuero interno que el hombre que va a ser jefe está más capacitado que nosotros para la tarea especial que se le encomienda. Este reconocimiento de mayor capacidad, puede provenir o de cualidades personales del jefe o de la situación particular de la situación social en que se encuentre colocado. Desde que esto ocurre, es un deber obedecer con lealtad. Y la obediencia leal supone el sacrificio de nuestra propia opinión delante del mandato del jefe. Supongamos un oficial de marina salido recientemente de la escuela, bien sobrecargado de teoría libresca y puesto a las órdenes de un capitán práctico que da una orden que al oficial le parece, según sus cálculos y aparatos, completamente absurda. El deber del oficial será llamar la atención de su jefe, acerca del supuesto error y obedecer si el jefe insiste; pero si en vez de esto, el oficial se dice: «Mi jefe no sabe lo que yo sé, y por eso, para salvar a mi jefe de un yerro, voy a obrar de manera distinta de cómo se me ha ordenado», resultará desde luego un debilitamiento en la acción y en seguida un oficial desleal; pero no sólo eso, también inepto. Porque hay casos en que la aptitud consiste precisamente en obedecer, aún en contra de nuestra opinión. Nótese bien que yo no hablo de obediencia en algo que va contra nuestra convicción; en esos casos no hay más ley que la convicción; hablo de la necesidad de coordinar esfuerzos para una acción común en la cual cada uno ha aceptado su sitio. Y si me tocó obedecer, no debo hacer otra cosa que obedecer. Y si me convido de que llevo a costas un jefe mediocre, debo esperar el momento oportuno, el momento de la tregua para separarme, para renunciar, pero mientras dura el esfuerzo no debo hacer otra cosa que obedecer. El antiguo adagio afirma que no sabrá mandar quien no ha sabido obedecer. En el juego infantil del «follow the leader» no se está atento a sobrepasar al jefe ni se piensa en enmendarle la plana, se está atento a seguirlo y a colaborar con él en la aventura común; la imaginación propia se entrega a la imaginación del jefe; la voluntad propia se suma, se coordina de modo que colabore, no en forma de que sobresalga. Hay casos en que sobresalir y señalarse es un bochorno, como el recluta que pretendiera lucirse porque se

adelantaba en la marcha. Si el recluta insistiese en hacerlo pararía en el manicomio, así son—sólo que impunes y sin riesgo de manicomio, pero más dañinos—todos esos que quieren saber más que el jefe, que quieren contrariar y sobrepasar al jefe.

En los raros casos en que aparece un genio auténtico, un músico, un filósofo, la regla tampoco falla; si es genio de verdad, prestará su concurso callado, modesto, humilde a la tarea diaria que le tocará desempeñar y dejará al tiempo, al trabajo continuo y a la soledad, la tarea de ir consumando la obra maestra que aparecerá un día como revelación y sorpresa. Pero si sólo se cree filósofo, si sólo se cree músico, hará mal la tarea humilde y murmurará de todo y de todos con el pretexto de que es injusta una sociedad que lo condena a tareas inferiores. El genio, al contrario, comprende que no hay tareas inferiores; sabe que sólo hay una tarea inferior, la tarea mal hecha. El genio sabe que hay belleza en lavar un piso si se le lava bien. Y sólo hay una tarea realmente inferior, la tarea mal hecha. Y esto son en realidad, la mayor parte de los indisciplinados, la mayor parte de los incomprensidos, son ineptos. No saben seguir y por lo mismo no sabrán guiar; no saben obedecer y no sabrán mandar. El que ha ocupado en la vida todos los puestos, los altos y los bajos, o el que sabe, el que siente que su destino lo va a llevar lo mismo por abajo que por arriba, trabaja bien y trabaja siempre contento. Si está, por ejemplo, de encargado de una sección en un ministerio y advierte la pobreza del plan directivo del ministro, se dirá a sí mismo con orgullo: «Cuando sea ministro haré las cosas de otro modo; mientras tanto procuremos cumplir bien estas órdenes tontas que se volverán menos dañosas por lo bien ejecutadas.» En cambio, si el jefe de sección es uno de esos irremediables, uno de esos incomprensidos, entonces no procurará cumplir la orden o desarrollar el plan con estricto apego a su espíritu, sino que tratará de enmendarlo, lo comentará y acabará por torcerlo. Y si llega a Ministro añadirá nuevas inepticias a las inepticias de su mocedad.

Por otra parte, y desentendiéndonos del caso individual, lo que más necesita una civilización es la disciplina, la lealtad de las segundas manos. En el aspecto profundo, todos, aún los más geniales, somos segundas manos; somos porción de esfuerzo de alguna magna obra que supera nuestra misma comprensión individual. Y como todos somos un poco distintos, todos podemos desarrollar nuestra individualidad y debemos desarrollarla; pero a fin de desarrollarla no es necesario andar

atropellando, ni andar estorbando la tarea que en un momento dado hace el jefe. El que se siente verdaderamente único, está también seguro de que ha de llegarle su turno de ser jefe y entonces podrá exigir de los demás esa misma lealtad en la cooperación que él haya sabido prestar cuando iba a la cola en el deporte infantil de seguir al jefe, o en la tarea social de trabajar para una institución o para alguna empresa. El destino mismo a menudo se venga de los que descuidan la tarea secundaria y rara vez les encomienda el mando.

Esfuerzo que sólo nos lleva a sobresalir entre los demás es un esfuerzo estéril, destructivo, a menudo criminal y es siempre esfuerzo de hombre que no confía en sí mismo, de hombre inepto; en cambio, el esfuerzo realmente varonil, aún cuando sea muy individualista, tenderá a la realización de una tarea superior a la vanagloria individual, superior al interés del individuo; esfuerzo que no puede realizarse sin la cooperación leal del grupo de la sociedad, de las gentes todas de una época.—JOSÉ VASCONCELOS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

El estilo y la composición en la obra de Marcel Proust

PROUST ya pasó, Proust es uno de tantos y nadie lo toma ahora en cuenta.» Oír esta frase en París cuando hace apenas tres años que apareció el último volumen de su obra maravillosa, causa irritante sorpresa. Como se comprende, fué enunciada por uno de estos papagayos que repiten de café en café las estupideces que sueltan a tontas y a locas los grupitos de «fracasados» que se forman aquí y allá, los que, no pudiendo levantar una obra propia, emplean su tiempo tratando de derribar la ajena. Lo terrible es que estos grupitos son los que se agitan, meten bulla y salen resultando verdaderos vocingleros de la fama.

Para describir a este tipo del crítico (o, más bien, *criticador*) vocinglero, cuadran admirablemente las palabras de Nietzsche en su lapidario capítulo «De las moscas de la plaza pública» (*Así hablaba Zaratustra*) que por falta de espacio sienta citar sólo fragmentariamente: